



Islam y fundamentalismo terrorista

Juan de Medina *

EL goteo implacable de noticias diarias nos salpica con su realidad sangrante. Al leer en la prensa, casi cada mañana, las víctimas asesinadas por el fundamentalismo islámico argelino —y no sólo Argelia— identificamos, de manera casi connatural, la fe mahometana con el bloque formado por el terrorismo sangriento, la oposición a Occidente y la modernidad. De los mahometanos nos separan muchos factores : la religión, la cultura, la ideología política, el nivel de vida, el color de la piel. De ese mundo del Islam , geográficamente cercano —hay mezquitas en algunas ciudades nuestras— pero que nos resulta exótico, nos hemos hecho una imagen primitiva y monolítica. La erupción islámica tiene numerosos brotes. Nos basta con recordar la condena de Salman Rushdie por sus *Versos satánicos*, los llamamientos a la guerra santa de Sadam Hussein en la guerra del golfo, las proclamas incendiarias anti-USA del ayatolá Jomeini, los radicalismos islámicos del Sudán o los ataques de algunos extremistas egipcios contra cristianos coptos. Desfila ante nuestros ojos una larga secuencia de atentados como las bombas en el World Trade Center de Nueva York, el ataque a la Gran mezquita de la

* Licenciado en Filosofía. Madrid.

Meca, las bombas en los transportes públicos en Tel Aviv o los asesinatos de religiosos y periodistas, el atentado contra el Papa, el asesinato de Sadat.

Esta persistencia violenta de atentados, supuestamente atizados por la fe islámica, nos lleva fácilmente a pensar que islamismo y sangre son las dos caras inseparables de una única realidad. Esta identificación, inexacta y precipitada, queda reforzada, además, por la existencia de no pocos grupos que, siendo en realidad terroristas fanáticos, se presentan como musulmanes: desde los drusos, que surgen en la edad media como una rama de la dinastía chiita y los fatimíes egipcios, hasta los movimientos Baha'i y Amadiya. Más recientemente, La Nación del Islam y El Templo de la Ciencia Mora. Casi todos ellos exigen para sí el carácter de musulmanes. Es cierto que entre esos grupos se da una pronunciada diferencia de creencias. Algunos de esos movimientos niegan puntos esenciales de la fe o la práctica musulmana, tales como la resurrección, el carácter definitivo de la misión profética de Mahoma o la importancia de la oración cotidiana. Pero para percibir estas "heterodoxias" habría que aproximarse más, cosa que no solemos hacer.

Reflexionar sobre esta cuestión, islamismo y violencia, no es evadirse al mundo de una cuestión teórica "interesante". El fundamentalismo islámico nos afecta con una amenazante cercanía. Por vecindad geográfica, por ejemplo el Magreb, y por crecimiento demográfico. El índice de crecimiento es mucho más alto en esos países que en la envejecida Europa. Actualmente el número de musulmanes que hay en el mundo rondará los mil millones de personas. En algunos países de Europa occidental (Francia, Alemania, Gran Bretaña) va habiendo ya minorías importantes de población musulmana. La "marea verde" se nos viene encima.

Fundamentalismo: el concepto

EL término «fundamentalismo» tiene un origen histórico protestante. A principios de siglo se formulan, en parte por la comparación con otras literaturas populares, nuevos métodos exegéticos en la interpretación de la Biblia. Frente a ellos la jerarquía católica en tiempos de S. Pio X reacciona con extraordinaria dureza. La Comisión Bíblica levanta, frente a esos nuevos métodos, un severísimo muro de protección. Diversas confesiones protestantes de Estados Uni-

dos, pocos años más tarde (entre 1910 y 1915), publicarán una serie de libros *The Fundamentals*, igualmente defensivos, contra esos nuevos métodos y tendencias.

Con el término fundamentalista se quiere expresar un retorno a las fuentes escritas, interpretadas de forma rígidamente literal y en oposición a cuanto pueda parecer interpretación de los textos en un marco más amplio. La lectura fundamentalista no trata de conservar o transmitir pacíficamente unas doctrinas sino de preservar agresivamente unos enunciados o pronunciamientos, que fueron recogidos en un texto, el cual, naturalmente, está enmarcado en un determinado contexto temporal —aspecto éste que suele olvidar el fundamentalismo— y de combatir, en consecuencia, hasta con violencia y contraatacar a quienes (ideas o grupos) sean vistos como una amenaza para la propia postura.

Una identificación parcialmente engañosa

SI sometemos a reflexión esa precipitada identificación entre islamismo y fundamentalismo, nos encontramos ya con una primera sorpresa. El Corán no es monolítico, no es fundamentalista, ni lo son tampoco la inmensa mayoría de los musulmanes actuales. Es cierto que normalmente no se encontrará entre los musulmanes una defensa entusiasta del pluralismo. Tampoco las otras dos grandes “religiones del libro” (el cristianismo, el judaísmo) pueden presumir alegremente de actitudes pluralistas. Subrayan los mahometanos el carácter de unidad universal que existe entre todos ellos y el destino común prometido por el profeta.

Los musulmanes afirman que el Corán respeta la libertad del ser humano y muestran que en las diversas dificultades, además del Corán y la Suna, el fiel musulmán dispone de una serie de medios para “discernir” y aplicar la solución que crea más justa: el consenso (igma), la “decisión por analogía” (qias), el «esfuerzo espiritual o reflexión» (igtihad). Todo esto no son exquisítesces morales de eruditos sino medios de discernimiento al alcance de cualquier conciencia musulmana, por sencilla que sea, si tiene una honesta intención (1).

(1) Como ejemplo de respeto a la libertad del hombre, suele citarse un hermoso texto de los comienzos de la fe musulmana. El segundo califa, Omar, tomó posesión de su cargo el año 12 de la era musulmana

Hemos visto que el Corán no es monolítico y fundamentalista. Hay que añadir también que en el movimiento religioso islámico hay corrientes diversas. Esta diversidad arranca ya desde el nacimiento de esa fe religiosa. La historia del Islam ha dado lugar a las dos interpretaciones, tan divergentes, de sunnitas y chiitas. Para los primeros, al morir Mahoma y no haber designado sucesor, correspondía a los seguidores más antiguos de Mahoma elegir uno y se decidieron por Abú Bakr, uno de los suegros de Mahoma. En cambio una pequeña minoría sostenía que Mahoma sí había designado como sucesor a su primo y yerno Alí. Los partidarios (shí) de Alí defendieron los derechos de éste y cuando el tercer sucesor de Mahoma (legítimo para los sunnitas, usurpador para los chiitas) fue asesinado, consiguieron que Alí fuera proclamado califa (virrey, sucesor). Actualmente, una inmensa mayoría, que puede cifrarse en torno a un ochenta por ciento, de los musulmanes son sunnitas. El resto son chiitas, rama a la que pertenecen los iraníes y una buena parte de los iraquíes. El chiismo defiende una visión muy jerárquica de las autoridades religiosas y un fuerte tradicionalismo en las prácticas piadosas (visitas a las tumbas de los imanes, recuerdo de los sufrimientos de la familia de Mahoma).

Esta relativa diversidad, que no monolitismo fanático, se expresa también en las varias interpretaciones que recibe la "ley revelada" a Mahoma. En la vida del profeta esta diversidad no existía. La "Sharia" (ley revelada) y las interpretaciones o sentencias del profeta ("hadices") eran recibidas con sumisión por sus neófitos adeptos. Al irse propagando la fe musulmana, comienza un inevitable proceso de moderada diversificación. El encuentro de una doctrina con diversas culturas da lugar a variadas metodologías. Era imposible que nuevas cuestiones y nuevos casos estuvieran previstos literalmente en el Corán y en las hadices. No siempre se llegaba a un consenso de la comunidad local. De hecho se cuentan hoy entre los sunnitas, que como se recuerda es la tendencia abrumadoramente mayoritaria de los musulmanes, hasta cuatro escuelas, desde la restrictiva escuela hanbalita de Arabia Saudí hasta la escuela hanafita de Turquía, India y Paquistán. Como expresión de estas diversidades, John Renard,

(634 d. C.) y, al hacerlo, pronunció ante los congregados el siguiente discurso: «*Me habéis elegido como vuestro jefe y señor. Sin embargo, no por eso soy yo el mejor entre vosotros. Os pido vuestra ayuda mientras que dure el mandato que he de cumplir según las instrucciones del Corán y las tradiciones del profeta. Si veis que en alguna cosa me desvío de esas prescripciones, hacedme volver al buen camino*». Citado por Elsayed Elshahed en «El reto del fundamentalismo islámico», *Concilium* 241 (1992), 474.

doctor en Estudios Islámicos en la Universidad de Harvard (2), recoge dentro del Islam varias actitudes religiosas: tradicionalista o conservadora, integrista, adaptacionista, personalista.

Ciertamente la doctrina islámica, por su unidad compacta y su sencillez, ejerce un gran atractivo sobre no pocas personas. Una de ellas, muy conocida en la Europa occidental, Roger Garaudy, ha recorrido en su vida personal un complejo itinerario, desde el comunismo al cristianismo, para acabar adhiriéndose a la fe musulmana. En esta fe, la doctrina es simple y asequible a cualquier clase de personas: Sólo hay un Dios, que ni engendra ni es engendrado (sura 112). Envía un mensaje a la humanidad, a través de profetas varios como Abrahán, Moisés, Jesús y el definitivo Mahoma. Las prácticas religiosas se formulan con sencilla firmeza. Constituyen los cinco pilares del musulmán piadoso y cumplidor : a) la oración, cinco veces al día, mirando a la Meca, b) la peregrinación, al menos una vez en la vida, si se dispone de medios y se tiene la necesaria salud, c) el ayuno del Ramadán, desde la salida hasta la puesta del sol, d) la limosna, e) la confesión de fe : Sólo hay un Dios y Mahoma es su profeta. Los contenidos doctrinales se conservan con fidelidad hasta el día de hoy. Los mandamientos son claramente comprensibles a la razón humana y el ser humano debe ponerlos en práctica en su propia vida. Esa fe exige una gran coherencia entre lo que se cree y dice y lo que se hace (3). Esta doctrina, además, no es simplemente individualista sino que tiene una fuerte carga de contenido social. El Corán regula no sólo la vida de la persona sino de la sociedad. Por ello la acción política no puede quedar desvinculada de la fe religiosa. Una síntesis así no se limita a ofrecer una salvación al individuo sino que brinda una solución a los problemas de la sociedad.

Este recuerdo pacífico de los factores pluralistas que existen en el islamismo no elimina de raíz algunas semillas de fanatismo, que existen en el islamismo como también en tantas otras religiones. Como acabamos de mencionar, el islamismo tiene algunos aspectos que lo hacen atractivo aun a la mentalidad occidental. En principio no se opone a la ciencia y aun cree ver en la ciencia la confirmación de sus propias creen-

(2) Renard, John: «El Islam, uno y múltiple: unidad y diversidad en una tradición global», en *Concilium*, 253 (junio 1994), 423-432.

(3) «Vosotros, fieles, ¿por qué decís con vuestra boca lo que no hacéis con vuestras manos? No hay nada más odioso a los ojos de Dios que decir lo que no se hace» (sura 61, 3). Y también: «...los hombres caminan a su perfección, menos los que creen en Dios y no hacen buenas obras» (sura 103, 2-3).

cias. Pero no sólo defiende el Corán como una auténtica y pura revelación de Dios —cosa que hacen todas las religiones, y especialmente las “religiones del libro” con sus textos fundamentales—, sino que cree ver en la religión la solución a todos los problemas del mundo y la satisfacción de todas las necesidades del hombre. Los islamistas echan de menos o critican la carencia en los evangelios de un sistema bien determinado de relaciones políticas, económicas y sociales. El Islam a su vez divide el mundo en dos partes. Una es el grupo de creyentes que siguen con fidelidad las enseñanzas del profeta (dar-al islam) y la otra parte (dar-al harb) los que rechazan esas doctrinas. Pero la comunidad islámica está llamada a integrar en su seno, pacíficamente o por medio de la violencia, al grupo de no creyentes. ¡Creyentes!, ¡Combatid contra los infieles que tengáis cerca! ¡Que os encuentren duros! ¡Sabed que Dios está con los que le temen! (Corán, 9, 123).

El desarrollo histórico ha contribuido a acentuar el potencial fundamentalista de estos elementos. Los musulmanes actuales, cuando recuerdan su pasado, evocan inevitablemente un gran imperio árabo-islámico que hoy ya no encuentran en los mapas actuales sino en los libros del pasado. El recuerdo más reciente es el de los siglos pasados, y especialmente el XIX y el XX, en que se han sentido colonizados y dominados por determinadas potencias occidentales (4). Este contraste entre lo que fueron hace mucho y lo que han venido siendo hasta hace poco, y en buena parte lo siguen siendo, resulta todavía más doloroso si se tiene en cuenta la conciencia que los musulmanes tienen de ser los portadores del verdadero orden religioso-político que Dios ha querido para el mundo.

(4) Resultará de verdadera utilidad releer A. Echánove, «Fuerzas y flaquezas del fundamentalismo musulmán», RAZÓN Y FE, 209 (1984), 287-296. Se subraya en este artículo el papel importante del liderazgo de Nasser en Egipto, una vez derrocada la monarquía, y el nacionalismo «prometedor» que comenzaba a propagarse por los pueblos árabes. La guerra de los Seis Días, en 1967, y la fulminante victoria de los judíos sobre los árabes apagaron aquellas promesas. Pero aquel revés propició de hecho un giro de las inquietudes y aspiraciones musulmanas hacia la religión. Frente a versiones «mixtificadas» de aislamiento y política (Jaled y Faisal en Arabia y Sadat en Egipto) los Hermanos Musulmanes ofrecían una versión radicalizada del Islam. Su proselitismo encendido en Egipto, Siria y Jordania y su violencia terrorista reforzaron un movimiento de reislamización que adquirieron mayor resonancia y apoyo con la revolución de Jomeini. Son varios los factores que han contribuido a la fanatización violenta del Islam en algunos países. El artículo citado y algún otro (Echánove, A. «El sorprendente e inexplicable conflicto del Irán», RAZÓN Y FE (febrero 1979), (172-178) ofrecen matizados puntos de vista que ayudan a no caer en las simplificaciones tan frecuentes.

Resulta por ello parcialmente explicable, aunque en modo alguno se justifique, la reacción violenta de una persona, una ideología o un pueblo cuando se ven acorralados por fuera y cuestionados por el desarrollo en el corazón mismo de sus propias convicciones. Los brotes de violencia, que en algunos países casi va pareciendo endémica, no se deben tanto ni principalmente a convicciones religiosas fundamentales, cuanto a la confluencia de determinadas vicisitudes históricas (socio-económicas) con algunos talentos y actitudes exasperados.

Hemos apuntado varias razones. Esperamos que con ello la casi automática identificación que no pocos hacen en Occidente entre islamismo y fundamentalismo violento, cercano al terrorismo, haya quedado cuestionada. Por tanto, para buscar las raíces de la violencia fundamentalista habrá que acudir no sólo ni principalmente a los textos sagrados del islamismo sino sobre todo a la Historia.

El Magreb convulsionado de las últimas décadas

LA fe musulmana desde las primeras décadas no es inevitablemente fundamentalista-terrorista. ¿Lo es ahora?

Una mirada al Magreb, el escenario que nos cae más cercano, produce en nosotros una mezcla de extrañeza (“hasta dónde son capaces de llegar”) y de miedo (“son vecinos peligrosos, que se amontonan a las puertas de Europa”). El Frente Islámico de Salvación (FIS), que pretende levantar un estado islámico, está en el centro de la noticia y la polémica. Los responsables políticos y las fuerzas de seguridad, sobre todo en Argelia, en confrontación permanente con el FIS, no logran mantener el orden y con dificultad se mantienen en el poder. Todo ello es materia de preocupación y reflexión en Occidente. ¿Qué pasaría en Marruecos y en Túnez si el FIS se hiciera con el poder en Argelia? Y ¿en qué medida la corriente migratoria del Magreb puede contagiar a Europa con los gérmenes del fundamentalismo?

El islamismo del actual Magreb no tiene una expresión común fundamentalista. La situación del Magreb tampoco se explica desde una perspectiva exclusivamente religiosa. Una matizada atención al proceso de las últimas décadas nos obligará a renunciar al apresurado eslogan de Islamismo = Fundamentalismo.

Túnez se convierte en república en 1956, el mismo año en que Marruecos se constituye en Reino. Argelia llegará a la independencia en 1962. Los tres estados son confesionalmente islámicos. Pero en ellos no rige en toda su plenitud el derecho islámico (Sharia). Son francófonos, otra barrera que les separa de la lengua original del Corán. Esa “fidelidad controlada” a los orígenes da lugar ya en los años sesenta a un grupo (la unión argelina al-Qiyam) que, inspirada en los hermanos musulmanes de Egipto, quería reforzar la identidad islámica, una política de arabización y la plena puesta en vigor del derecho islámico.

Al iniciarse la década de los setenta —¿tuvieron algo que ver, aunque fuese como efecto dominó, las revueltas estudiantiles europeas del 68?— comienzan las movilizaciones de estudiantes. Exigen y con urgencia una inequívoca islamización plena de los tres estados, Argelia, Marruecos y Túnez. Son frecuentes en esos años las agitaciones en las universidades del Magreb. Todas esas aspiraciones recibirán un fuerte respaldo con la revolución en Irán del 79 y la llegada al poder del ayatolla Jomeini. Lo que los estudiantes magrebíes pretendían se realizaba —y de qué manera— en un estado concreto. Esos movimientos estudiantiles pro-islamización del Magreb reciben sustanciosas ayudas económicas del Irán y de magnates del petróleo de Arabia Saudí. La guerra de Afganistán, en 1980 ofrece un escenario en el que jóvenes magrebíes, al lado de fuerzas islámicas, luchan contra la potencia atea invasora, la URSS.

Pero no olvidemos que a esta insatisfacción religiosa se une la deteriorada situación económico-política. La crisis económica en parte estaba causada por la caída de ingresos por la venta de materias primas (fosfatos, petróleo, gas). Esa situación de carestía exigía con urgencia el abastecimiento de los bienes necesarios para las capas de población más desfavorecidas. Y los movimientos de protesta reclamaban una mayor liberalización política. Iba quedando claro que de ese túnel no se podía salir con pequeñas liberalizaciones paliativas, fueran económicas o políticas, sino con todo un cambio de sistema. Es sabido que toda frustración, si es muy honda y es colectiva, es una mecha encendida para explosiones en cadena y fermento de revoluciones.

Aun teniendo motivaciones compartidas y algunos rasgos comunes, las explosiones fundamentalistas que se producen en el Magreb no tienen la misma violencia ni son del mismo carácter. En Túnez los islamistas formaron en 1979 el movimiento de tendencia islámica que, pocos años más tarde, se transformó en « Partido de la Renovación » (Nahda). En

Argelia los islamistas se reunieron en torno a algunos predicadores y líderes religiosos, Abdellatif Soltani (muerto en 1984), Ahmned Sahnoun, Abbasi Madani. Sólo con la nueva Constitución de 1989 y la autorización de partidos políticos, fundaron el «Frente Islámico de Salvación» (FIS). En Marruecos, en cambio, donde Hassan ostenta no sólo el poder político sino también el religioso, la habilidad del rey ha sabido conjugar sus intereses políticos con la cercanía, o al menos el no enfrentamiento, a los predicadores y líderes religiosos, tales como Abdessalam Yassine o Lahsen Zitouni. Las exigencias fundamentalistas encuentran aquí un eco mucho más reducido.

Recuérdese, además, que la unidad interna de las propias corrientes islámicas ha quedado resquebrajada en no pocas ocasiones. Por ello la violencia callejera no siempre era el objetivo expresamente buscado por los grupos islámicos o la reacción contra las represiones gubernativas. A veces era el estallido de las propias disensiones internas. No todos los que profesan la fe musulmana aspiran a la constitución de “estados islámicos” y por supuesto no todos lo pretenden con los mismos métodos. En el caso argelino hay que cargar a la cuenta de los musulmanes agrupados en torno a Mustapha Bonyali una buena parte de los actos de violencia entre 1983 y 1987. Todo ello viene a preludiar la escalada de violencia terrorista, particularmente virulenta en aquel país. Unos cuantos “fieles” islámicos, que piensan tener el monopolio exclusivo de la verdadera fe, se creen llamados a hacer una guerra santa contra el “Estado de los ateos” y embaucadores. Es ésta la típica actitud fanática : una fe que se posee en exclusividad y que hay que imponer con eficacia , rapidez y por tanto con violencia.

Esta tensión, entre la visión mayoritaria de unos creyentes islámicos que no son fundamentalistas y el terrorismo de algunos adeptos exaltados la viven y sufren las autoridades de no pocos países islámicos, las cuales tienen que hacer frente en sus propios estados a la violencia del fanatismo religioso. Esto sucede en los estados del Magreb, en Egipto. En contraposición a actitudes mucho más complacientes de los años 70 y 80, las autoridades practican hoy en esos estados una política de mano dura, de prohibición de no pocas publicaciones o control de mezquitas. Se multiplican los tratados de extradición de terroristas (Egipto-Túnez; Argelia y Libia; Libia y Egipto). Ministerios de cuestiones religiosas y culturales promueven campañas de «ilustración» y modernización. Desde esa acción comprometida, denuncian las facilidades de residencia en su propio

territorio que determinados países occidentales dan a ciertos líderes de corrientes fanáticas, como por ejemplo a Rabah Kebir, jefe del comité ejecutivo en el extranjero del Frente Islámico de Salvación, o al tunecino Rachid Ghannouchi. Los musulmanes moderados piensan que, en estos casos, Occidente está jugando con fuego.

¿Son posibles puentes de diálogo?

LOS países islámicos no tienen un fácil acceso al diálogo ideológico con los países de Occidente. Como escollos en ese camino encontramos la concepción que el propio Islam tiene de la revelación. En la visión cristiana, Dios se ha ido manifestando a los hombres a lo largo de un proceso a través de la historia de Israel, que alcanzó su punto culminante en Jesús de Nazaret. Todo esto, con intensidad y modalidades variables, ha quedado de alguna forma integrado en la actual cultura de Occidente. Los cristianos actuales saben que a Dios hay que buscarlo no sólo en las Escrituras ni en las iglesias sino en el acontecer diario, en los «signos de los tiempos», que expresan la necesidad y la presencia oculta. El Islam tiene una concepción mucho menos dinámica y más fixista. Dios pronuncia su mensaje, que es transmitido literalmente por los mensajeros sin glosas humanas. El Corán es la palabra de Dios, palabra por palabra.

Por ello no será fácil el diálogo con una religión que no ha tenido su proceso de Ilustración. Esta fuerte tensión entre un mundo vertiginosamente cambiante y una doctrina religiosa que se resiste tenazmente a hacer una autorrevisión crítica ha quedado plasmada en *Los versos satánicos* de Salman Rushdie. Para los fundamentalistas violentos, por ejemplo el Irán, el autor del libro merecía la muerte y se ofrecían cantidades de dinero a quien lo ejecutara. La obra desvela el conflicto de un musulmán, distorsionado entre una visión medieval del Islam y los cambios vertiginosos de los finales del siglo XX. En cierto modo recoge la tragedia del propio autor, un musulmán indio que vive en Inglaterra. Si los musulmanes se niegan a hacer una revisión crítica de sus fuentes y una reforma de sus esquemas jurídicos medievales, será muy difícil llegar al diálogo con ellos. En este sentido resulta curioso observar cómo en 1924 Kemal Atatürk suspendía los tribunales de la Sharia y secularizaba Turquía, y en cambio los últimos años del siglo XX tienen que contemplar no el secula-

rismo dialogante de una gran religión sino los brotes sangrientos de unos creyentes islámicos, no los más desde luego pero no tan pocos, que se han dejado arrastrar por la violencia fanática.

Por si esto fuera poco, las promesas occidentales, socialistas o capitalistas, ofrecidas a las sociedades musulmanas no han aportado la solución a sus problemas. No es extraño por ello que, con los petrodólares, los árabes puedan adquirir muy sofisticadas tecnologías occidentales. Emplean instrumentos de Occidente pero al servicio de su ideología : «El Islam es la solución» y «Alá es la respuesta», como se lee en algunas pegatinas.

Conclusión

RESULTARÍA tranquilizante para todos si se pudiera echar mano a unas recetas, de fácil aplicación, que sofocarán rápidamente la violencia y descontaminaran el clima para un pacífico diálogo entre los países islámicos y Occidente.

El mundo del Islam se encuentra ante la arriesgada necesidad de acercarse a la modernidad, que no son sólo instrumentos técnicos sofisticados sino toda una nueva cosmovisión. Los propios países islámicos podrían contar para ello con la ayuda de las minorías islámicas que desde hace años se han ido trasladando a Occidente, han accedido a universidades y han tenido ocasión de un encuentro pacífico entre su propia fe religiosa islámica y las sociedades modernas.

Pero si estas minorías pueden servir de cabezas de puente, Occidente no puede descargar en ellas todo el peso del posible encuentro. Desde Europa hay que fomentar una mayor cercanía con los países ribereños del Mediterráneo. A esta conclusión llegaron los miembros de la Unión Europea en su reunión en Corfú, en junio de 1994, y los ministros de Asuntos Exteriores de los diez países ribereños, pocos días después. Es claro que un agravamiento de la situación socio-económica en los países africanos atizaría la violencia fundamentalista y favorecería la toma del poder por los "salvadores" fanáticos. Hay posibles vías de encuentro, que no son sólo inocuos intercambios culturales, sino también económicos, como en la agricultura o la tecnología.

Algunos países del Occidente ribereño, especialmente España, están sufriendo una fuerte crisis económica. Junto al reconocimiento y aceptación de diferencias culturales, sí se puede promover un mayor reconoci-

miento de los derechos laborales de los emigrantes islámicos en nuestros países. ¿Han de limitarse a ser visitantes no queridos, “intrusos” que vienen a perturbar nuestro mercado de trabajo?

También en el plano religioso es posible un encuentro más profundo. El conocido teólogo católico Hans Küng lanzaba, no hace mucho, un llamamiento a las religiones universales para alcanzar la paz mundial y un *ethos* (una manera de pensar y sentir universalmente, sin dejarse atrapar por los particularismos) también universal. En los últimos años, y a pesar de los zigzagueos, parece que el diálogo entre católicos y algunas confesiones protestantes va avanzando significativamente. Hay minorías católicas y minorías islámicas que, saliendo al encuentro, pueden llegar a estrecharse la mano. Más que enzarzarse en discusiones ideológicas, sería preferible comprometerse en tareas de desarrollo comunes. Así, a través de la praxis se puede llegar al encuentro y cuando se “encuentran” dos personas o dos movimientos es mucho más fácil descubrir que están acogidas en el seno de una verdad compartida.